

REER

Revista Electrónica de Educación Religiosa

Vol. 10, No. 1, Diciembre 2020, pp. 1-21

ISSN 0718-4336 Versión en línea

## El kerigma al centro de la educación católica

Juan Pablo Faúndez\* - M. Rosa Walker\*

### Resumen

En este artículo se propone un acercamiento al *kérigma*, planteándolo como el núcleo del anuncio que están llamadas a ofrecer las universidades católicas en los distintos ámbitos educativos del contexto contemporáneo. A partir de la relación entre *kérigma* y educación, se esbozan una serie de propuestas metodológicas que intentan ayudar en esta línea, estableciéndose como alternativas que contribuyen a encaminar la búsqueda de sentido por el que se interroga la sociedad actual.

**Palabras claves:** Universidad, educación, dignidad humana, sentido, *kérigma*.

---

\*Facultad Eclesiástica de Teología, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Email: [juan.faundez@pucv.cl](mailto:juan.faundez@pucv.cl).

\*Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Católica de Chile. Email: [walkermariarosa@gmail.com](mailto:walkermariarosa@gmail.com).

## The kerigma at the center of catholic education

Juan Pablo Faúndez - M. Rosa Walker

### **Abstract**

This article proposes an approach to the "kérigma", posing it as the core of the announcement that Catholic universities are called to offer in the different educational areas of the contemporary context. Based on the relationship between *kérigma* and education, a series of methodological proposals are outlined that try to help along this line, establishing themselves as alternatives that contribute to guiding the search for meaning by which the current society is questioned.

**Keywords:** University, education, human dignity, meaning, *kérigma*.

## El kerigma al centro de la educación católica

Juan Pablo Faúndez - M. Rosa Walker

### a. Introducción

*“Toda formación cristiana es ante todo una profundización del kerygma”.*

*Papa. Francisco, Amoris Laetitia, 53.*

A lo largo de su historia, y de diversas maneras, la Iglesia ha intentado responder a la inquietud existencial del ser humano de búsqueda de sentido, en reconocimiento a su especial *dignidad*. En uno de sus actos creativos de implicancia casi milenaria, extendió de este modo su anhelo y su encargo de asistencia creando una forma de unificar y clarificar la comprensión de la existencia, indagando mediante diversos accesos racionales -teológicos, filosóficos, jurídicos y científicos- la posibilidad de la razonar la verdad. Surgió así la *universitas studiorum*, una corporación llamada a reconocer la especial nota de preeminencia del ser humano que mediante su nota más alta buscara unificar las explicaciones de sentido desde una manifestación poliédrica. Un lugar de contemplación y de anhelos que con el correr de los siglos ha debido hacer memoria de sus orígenes en vistas a su proyección hacia el futuro.

Por ello, Juan Pablo II publicó el año 1990 una Constitución Apostólica que exhortaba a que esta institución dijera lo propio de sí misma considerando el escenario de apertura al pluralismo, el que para algunos pudiera consistir en un signo de dispersión. De este modo, *Ex Corde Ecclesiae* -documento en relación al cual celebramos este 2020 sus 30 años desde que fuera publicado-, se ofreció

al mundo una actualización de las notas por las que se manifiesta la reflexión en torno a la búsqueda de sentido como una de las aspiraciones más hondas del ser humano, que es propia de conseguirse en el diálogo universitario, y cuya unificación viene dada por el desvelamiento que Dios hace de sí mismo: “nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la universidad católica se dedica por entero a todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios” (Juan Pablo II, 1990, n. 4).

La verdad y su búsqueda, más que el conformismo de una veracidad posmoderna, pretende un grado de alcance que es radical. Y esta búsqueda antropológica es esencial, ya que si el ser humano carece individual o colectivamente de dirección, su devenir existencial comienza a perder significado. Ahora bien, este anhelo de búsqueda de sentido, que explicita en su realización el ejercicio de la propia *dignidad humana* -tema que fluye y se discute en los diversos contextos universitarios, desde distintos enfoques- tiene como fundamento un acontecimiento que la Iglesia ha mantenido como el *áxis* del depósito de la fe. Éste ha sido explicitado una y otra vez en las cartas apostólicas, siendo tratado como el núcleo de la Revelación que profundiza en la radicalidad de la Buena Noticia: “Si Cristo no hubiese resucitado, vana sería nuestra fe” (1ª Cor, 15,14). Nuestra fe, entonces, se sostiene en este acontecimiento o hito radical que irradia desde sí una profunda respuesta capaz de saciar las más hondas inquietudes del ser humano. Para el cristianismo, el sentido profundo de la existencia se concentra no en una mera idea sino en un acontecimiento o encuentro personal que tiene un asidero histórico y del cual emana toda la

potencia del anuncio, y que se concreta en la llamada fórmula kerigmática (Cfr. Benedicto XVI, 2005, n. 1; Francisco, 2013, n. 7).

La pregunta que podríamos hacernos, por tanto, en el ámbito de la institución universitaria es: ¿qué podría revelar el *kerigma* -el anuncio salvífico de la muerte y resurrección de Cristo- a un universitario de nuestros días? Sin duda, en este anuncio se manifiestan aspectos claves para la vida de un joven que está precisamente en la etapa de profundización de búsqueda de sentido. Ello porque la gratuidad cómo Dios ha querido introducirse en la historia revela que la motivación de su actuación ha sido el amor. En la cruz, Jesucristo muestra cuál es la impronta del Padre, su esencia: revela al hombre quién es Él. Esta es, podríamos decir, la esencia constitutiva de Dios: la misericordia que llega hasta un extremo abajamiento (Arguello, 2013, p. 56). Pero junto con ese amor misericordioso que se anonada en el misterio de la cruz, se manifiesta en el anuncio kerigmático un poder que tiene la fuerza de levantar de la muerte: tanto de la muerte que se percibe en torno a la falta de sentido como de aquella que implica el término de la realidad ontológica o muerte física.

En el anuncio del *kerigma*, hecho en una comunidad de fe, el Espíritu Santo desciende y da testimonio al espíritu de los creyentes de que ese hombre crucificado es Dios mismo, un *Kyrios* que no se ha quedado en la muerte, sino que la ha vencido desde sí mismo. Y por ese toque del Espíritu Santo pueden salir transformados aquellos que escuchan: es un conocimiento de Dios más profundo que el de la razón. En él se expresa que la esencia de Dios es amar al hombre hasta dar la vida de su propio Hijo, en la visibilización real de una entrega radical. Y esto no requiere de la integridad moral o de la bondad del ser humano que ponga las condiciones de posibilidad para la recepción del anuncio: el cristianismo es gracia. La salvación consiste en que Dios libera al hombre de su egoísmo radical, para abrirle la posibilidad de una vida nueva, movido sólo

por amor. El amor de Dios lo transforma para que, a su vez, sea capaz de amar y tener así vida eterna. Cristo ha muerto para que el ser humano no viva más para sí sino para los demás seres humanos y para Dios, quien lo ha creado. Este amor es unitivo y vencedor de toda muerte. Dado que el hombre no puede crear la comunión alrededor suyo, si Cristo está en medio de los hombres. Él crea la comunión. Y si los demás hombres, que no han conocido a Cristo, ven esta comunión, este amor, podrán creer en Dios. Y ello es propio de anunciarse en los pasillos universitarios, especialmente si la universidad es católica.

#### **b. Desafíos para el anuncio del Kerigma en el contexto de una universidad católica**

Han pasado ocho siglos y la síntesis kerigmática fraguada como el sello del símbolo de la fe pareciera diluirse entre los pasillos de la universidad contemporánea. El *pluralismo*, hoy aceptado como signo del avance autonómico del ser humano, cuyo lugar de especial apogeo es justamente la universidad, poco a poco va haciendo acallar los planteamientos de los que postulan máximos de realización, como los que señala la propia visión cristiana, pareciendo que bastase consensuar mínimos de una ética laica aceptados por todos (Juan Pablo II, 1990, n. 6). En este sentido, es curioso constatar en diversas instituciones universitarias católicas un cierto “escrúpulo” por manifestar el *kerigma*, aun cuando el ámbito propio en el que nos estemos desarrollando sea justamente el de una universidad católica.

Teniendo presente lo anterior, es menester considerar que las posturas con las que llegan los millares de estudiantes que acuden a la universidad católica no están acunadas hoy en un entorno tradicional cristiano, y se despliegan desde diversos intentos de explicación del para qué de la existencia.

Una situación que progresivamente ha ido avanzando desde el siglo XVI y que pareciera llegar hoy a las consecuencias de laicización en los propios contextos de Iglesia. La sorpresa que nos vamos encontrando es que, dado este escenario, en el que se desenvuelve la vida contemporánea de la universidad católica, pareciera que va perdiéndose su identidad en medio de diversas corrientes que se imponen. Ello hace necesario pensar y plantear un nuevo *excursus* metodológico por el que la Buena noticia que porta el cristianismo, como camino de sentido y liberación, pueda ser transmitido y compartido en esta nueva era en la que se desarrolla la universidad contemporánea. Por ello nuestra reflexión quiere profundizar en un aspecto esencial, desde el cual se desprenden otros, y que dice relación con el efecto dignificante que tiene la experiencia de recepción del *kerigma*, el que debe ser tenido en cuenta para llevar a cabo el anuncio de salvación en el panorama universitario actual. Marcado por un claro multiculturalismo, este ambiente requiere un tipo de anuncio que pueda surgir desde el propio seno de la universidad católica, de suyo abierta al diálogo, para dar sentido, misión y visión a ese examen detenido de la realidad al que aspira la propia *Ex Corde Ecclesiae* (Juan Pablo II, 1990, n. 15).

¿Cómo podemos facilitar el anuncio del principal acontecimiento de nuestra fe en los diversos estamentos de la universidad, en los espacios públicos que la conforman, o en las salas de clases en las que reflexionamos? Si consideramos la misión de la universidad católica de acoger la inquietud existencial de los alumnos, y de invitarlos a buscar una respuesta que los acerque a la alegría de la verdad sobre sí mismos y sobre el mundo, podemos identificar aquellos elementos del proceso de enseñanza-aprendizaje que lo pueden facilitar (Juan Pablo II, 1990, n. 7). Estos elementos están tomados de las “Pedagogías del sentido”, o de aquellas que consideran la educación como un proceso de desarrollo de la libertad y la responsabilidad (Torralba, 1997, p. 37),

y dentro de una perspectiva católica, considerando al alumno como un hombre que espera ser redimido (Amado, 1999, p. 70), llamado a descubrir esta realidad en su propia vida. El estudiante que se acerca a una universidad católica, en esta línea, debiera encontrarse con señales orientadoras que vayan más allá del aseguramiento de contenidos intelectuales específicos, siendo justamente el acercamiento a un tipo de enseñanza con la doble carga que aporta el sentido de lo que se está haciendo, seguido de un adecuado marco que explicita la razón de ser de esta comunidad académica (Juan Pablo II, 1990, n. 12).

El Espíritu de Cristo resucitado es un “Espíritu indivisible” que crea la unidad entre las personas. Esto tiene relevancia máxima para la educación, ya que la persona no se desarrolla en solitario, sino que está llamada a crear con otros “relaciones de encuentro” (López Quintas, 1993, p. 48). Este mensaje suele estar acallado en nuestra cultura fuertemente individualista, como muchos otros mensajes del anuncio cristiano, y conviene tenerlo presente en el contexto universitario, ámbito que surge desde la unión corporativa y cooperativa de sus miembros y desde la cual debe proyectarse el anuncio de la Buena noticia. La universidad es un espacio que ha tendido a configurar lo disperso y universal como un ámbito que expresa el deseo de concatenación, en donde se evidencia una clara necesidad de destrabamiento de barreras que pueden interponerse entre personas que, en la búsqueda por la verdad, desean estar abiertas al encuentro. Más aún cuando desde esta instancia surge justamente la experiencia de *koinonía* que hará patente el paso del Espíritu que lo trasciende todo y que todo lo ilumina.

La experiencia de los apóstoles es que después de llevar a cabo una necesaria ambientación cultural, de lenguaje y costumbres, aquello que va a permitir el encuentro y la comunión con los oyentes, llamados a formar una *comunidad cristiana*, es el anuncio de un hecho que tiene el poder de engendrar



una vida personal que se abre a la experiencia de profunda aceptación interpersonal. Esa es la metodología transformadora que el propio Dios ha propuesto para la Iglesia, y que debe hacernos pensar en cuanto a lo que estamos haciendo hoy para alimentar desde el corazón de la universidad la vida espiritual de los miembros que la conforman.

### **c. El *Kerigma*, como anuncio que dignifica y aporta sentido a la existencia**

Una de las claves principales de la propuesta soteriológica del cristianismo es el concepto *dignidad humana*. Esta, como veremos, tiene dos caras. Por una parte, el hombre la tiene en forma total, objetivamente, como ser creado a imagen de Dios y redimido por Cristo. Y, por otra parte, en su vertiente subjetiva, el hombre va tomando conciencia de su dignidad y la va actualizando a lo largo de la vida, mediante el ejercicio de su libertad. La búsqueda de la dignidad humana constituye el hilo conductor de los procesos de desarrollo humano, tanto individuales como sociales. Pero sucede muchas veces que el ser humano desconoce la dignidad que tiene y a qué precio ha sido rescatado; por eso su actuar se empobrece y limita. Su despertar y su plenitud dependen de que tome conciencia de su real estatura y de su verdadero destino.

La dignidad de hijos de Dios brota desde el núcleo del anuncio kerigmático: el Reino de Dios ha llegado a nosotros con Cristo muerto y resucitado, quien nos entrega gratuitamente su espíritu vivificante. Objetivamente, no hay nada que el hombre pueda hacer para aumentar su dignidad, que ya posee al máximo por el hecho de ser hijo de Dios, que se reconoce a su imagen y semejanza. Dios mismo ha destinado al ser humano a ser receptor del don que surge desde la acción redentora de Cristo: la promesa de deificación. No obstante, esta Buena noticia debe anunciarse y explicarse, ya

que el contenido de la fe no puede suponerse. Y esta tarea, quizás la más importante que pueda realizarse en el ámbito de la transmisión de contenidos, ha de ser una de las motivaciones más señeras que debiera inspirar cualquier universidad católica.

Es interesante recordar los orígenes del término dignidad humana. Desde la consideración de Protágoras, del “hombre como medida de todas las cosas”, pasando por la visión aristotélica, del “ser humano como punto de convergencia de todo”, hasta la visión de los estoicos, del “hombre como cosa sagrada para el mismo”, la ubicación del ser humano en la escala de grados de ser lo ha dejado en la cúspide. Por ello fue fácil realizar la traslación del término *dignitas* desde las esferas de la atribución política a una más íntima o de reconocimiento antropológico. A partir de la constatación del honor por ejercer la función pública –dignatario-, con la profundidad que aportó la revelación cristiana, pronto se vio que siguiendo la misma raíz de *decus*, *decnos*, *deceat*, se debía hablar de “aquello que se debe a alguien”, o “del valor (*axios*) que se reconoce a una cierta realidad”. Y no hay realidad en este mundo que, dadas sus notas específicas -inteligencia, voluntad libre, capacidad de amar- posea más derecho a ser reconocida en su eminencia o superioridad ontológica, es decir, en su dignidad, que el propio ser humano.

Desde estos primeros esbozos de la noción de dignidad, la tradición bíblica judeo-cristiana iría más allá, dando sentido al reconocimiento de ciertos rasgos que marcarán una diferencia sustantiva del ser humano en relación a otras realidades, pero reafirmando que en su irrepetibilidad es cada cual el que posee esas notas de suyo (Ruiz de la Peña, 1988, pp. 166-167). Por ello el Cristianismo habló desde sus orígenes de la dignidad humana para referirse a lo que posee un status eminente, un valor o una nota de excelencia intrínseca, algo que viene dado desde dentro y que hace que el ser humano sea lo que es

“desde fábrica”, podríamos decir. Más aún, cuando ésta se proyecta desde sus notas antropológicas hasta lo que ha revelado el mismo Dios: haber creado al ser humano a su imagen y semejanza, como hombre y mujer (Gn 1,26). Dios forma desde el polvo del suelo al ser humano, insuflándole su aliento para que resulte un ser viviente (Gn 2,7); pensado desde antes que naciera, como descubre su vocación al profeta Jeremías: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: profeta de las naciones te constituí” (Jr 1,5). Como diría San Pablo en la Epístola a los Hebreos (17,38), formando parte de su linaje. En este sentido, la dignidad entre los seres no es una nota que ha de conquistarse, sino un constitutivo con el que se vive por el hecho de ser humano, creado por Dios a semejanza suya. He ahí la razón teológica de su irreductibilidad: cada hombre y cada mujer de este mundo, desde el momento más incipiente de su formación, ya ha sido concebido a imagen suya. Un ser humano, en este sentido, no puede ser más digno que otro desde una perspectiva ontológica o antropológica, y tampoco puede dejar de serlo, en tanto que desde su constitución está escrito su ser peculiar en un mapa genético único, que lo hace distinto entre todas las realidades del mundo y exclusivo entre todos los seres humanos. Por ello, desde el reconocimiento de la dignidad constitutiva se extiende la aplicación de la misma a los actos que lleva a cabo el propio ser humano: desde la esfera propia de la antropología hasta el ejercicio de la ética. Desde una dignidad basada en el ser a una que se despliega en el actuar.

En el ámbito del obrar, en el que se ejercita la libertad en orden al bien, el ser humano está llamado a realizar lo que constitutivamente es: un ser eminente que ha de realizar acciones dignas en tanto que deja su condición caída. Conocimiento perfecto que debe alcanzar, siendo a su vez alcanzado por la fuerza del anuncio kerigmático que se sostiene en la muerte y resurrección de

Jesucristo, capaz de reconvertir de cualquier extravío que lleve a la indignidad moral, que en este caso sí puede reconocerse como tal. Por ello, la mayor realización de la dignidad del ser humano en cuanto a sus acciones está en reproducir la imagen de su Creador, a cuya semejanza ha sido creado y desde donde le viene su nota eminente: “Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a *reproducir la imagen de su Hijo*, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29). En eso consiste la realización más excelsa de la dignidad humana: ser partícipes de la naturaleza divina (2° Ep. Pedro 1, 4); lo que los Padres Griegos llamaron deificación. Por eso, la dignidad humana, desde la visión bíblico-cristiana, comporta el altísimo estado de quienes son capaces de entrar en diálogo con Dios, ya que comparten su misma naturaleza. Esa vocación tira al hombre desde más allá de sí, siendo el ser humano destinatario por sí mismo del amor de Dios (*Gaudium et spes*, 24c). Y esto porque no sólo su origen, sino también su destino último está en Dios: causa y razón de su existencia (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 356).

¿Qué valor puede tener, entonces, el *kerigma* para el alumno de hoy? Una clave fundamental para orientar su vida y para colaborar en la búsqueda de un auténtico sentido existencial, consiste en reconocer, justamente, que el valor de la dignidad intrínseca que posee como creatura a imagen de Dios -pese a cualquier desvarío de actos indignos- ha sido logrado para su vida *gracias* a la muerte y resurrección de Jesucristo. Y ello es de un gran valor de ser comunicado porque la experiencia existencial del ser humano es que a pesar de ser llamado a la plenitud es alcanzado por los “lazos de la muerte”. Tarde o temprano nuestra condición humana se ve empantanada por sus debilidades y experimenta la impotencia de alcanzar la plenitud. La “muerte existencial” de la que nos libera Cristo resucitado es la experiencia del hombre que no puede amar. Frente a esta impotencia, el anuncio del *kerigma* aparece como una

auténtica salvación. Un acto de amor a nuestros semejantes que consiste en la verbalización, confirmada por nuestra experiencia, del deseo que tiene Dios de encontrarse efectivamente con un ser humano en particular, en su dignidad de hijo, en el cual Dios ha pensado y sigue pensando cómo llegar a él para dar pleno sentido a su existencia. Mediante la “necedad de la predicación” (1ª Cor 1, 17-31), el Señor muestra una espléndida ternura a la hora de concretar el mensaje, un comunicado que tiene un poder transformador del que ha sido testigo la Iglesia con el correr de los siglos. En este sentido, el anuncio de que nuestra única posibilidad de renovar la vida está en Cristo es una clave que puede modificar la orientación global de la existencia. Se puede entonces comprender que el éxito o los bienes materiales no garantizan la afirmación del ser ni la orientación del camino. Sólo el reconocimiento de que ya hemos sido alcanzados por el amor de Dios, fuente y razón de todo lo que es, puede garantizar al alejado la hermenéutica de un Padre que por amor incide en la historia concreta de sus hijos. Durante toda su vida, el ser humano, a través de su relación con el Padre, de los acontecimientos por los que Él se manifiesta y de los actos libres ayudados por la gracia, ha de ir descubriendo esta condición de altísima dignidad como hijo de Dios, que ya posee en plenitud, como única creatura en el universo que puede establecer un diálogo con Él. Dignidad que puede descubrir en cualquier situación, incluso en las experiencias límite de extrema debilidad y falta de sentido: fracaso, enfermedad y vejez. Mientras más conciencia tome el ser humano de su dignidad en la precariedad, comprenderá mejor el sentido del acto por el que Jesucristo lo ha redimido.

#### **d. Algunas propuestas metodológicas para acercar el *kerigma* al ámbito universitario**

Por ello es posible explicitar en el ambiente universitario ciertos aspectos que debieran considerarse en la metodología de la educación, y así permitir y facilitar la transmisión del misterio del *kerigma*. Para poder realizar un diálogo en torno a las diversas propuestas de sentido se requiere incentivar la formación filosófica y antropológica de los docentes, al menos a un nivel básico. Necesitamos una “alfabetización”, unas claves de lectura de la realidad, para poder entrar en diálogo como comunidad universitaria entre distintos puntos de vista y entre diversas disciplinas. La filosofía es el puente privilegiado para que las variadas áreas del saber puedan abordar las “grandes preguntas”, que parecen estar siempre más allá de nuestra propia especialidad.

Dando por sentado lo anterior, lo primero que se puede proponer es que necesitamos un ambiente propicio para recibir la verdad de este anuncio. Esto es, un ámbito que valore la búsqueda de sentido y que no frene o acalle el trabajo de los alumnos y docentes en torno a las grandes preguntas. Lo anterior parte por incentivar y acompañar a los alumnos en sus reflexiones, con libertad y en medio de un mar de propuestas diversas.

A partir de este primer paso, para que sea posible el anuncio de la Buena noticia es preciso que se den espacios explícitos de encuentro con este objetivo, entre docentes, alumnos y personas dedicadas a la administración y servicios universitarios. Especialmente, lo que más suele marcar a los alumnos en su vida universitaria es la relación con sus maestros, que les pueden abrir o cerrar ventanas. El anuncio del *kerigma*, la explicitación de la victoria de la resurrección, se puede dar cuando un alumno se encuentra con un otro y “le cree”: otro alumno, un docente, un funcionario de la universidad, que le habla como testigo

desde el relato de un acontecimiento de su vida. Alguien que estaba en medio de la muerte existencial y fue rescatado. Por esto, la práctica de la acogida y la palabra es la puerta de entrada para el anuncio cristiano. Potenciar los espacios físicos y las oportunidades para desarrollar la amistad y el encuentro, en este sentido, son vías que posibilitan el anuncio del amor de Dios.

Una vez que se han suscitado estos primeros momentos, es importante reconocer como condición que una comunidad de fe se sostiene no sólo mediante la verbalización del *kérygma*, sino con una maduración del mismo en sacramentos y rituales que han de acompañar ese anuncio. El *kérygma*, como propuesta salvífica, es el momento central del proceso de evangelización, pero debe ser apoyado por muchas otras instancias rituales, de estudio y de experiencia de Iglesia. Esta comunidad de fe dentro de la universidad, tal como ocurre en la Iglesia, experimenta su precariedad todos los días, y en esta experiencia descubre que si está viva no es gracias al talento de las personas, los recursos, o la buena disposición de los diferentes grupos, sino al Espíritu de Cristo resucitado; “espíritu indivisible”, germen de vida que se explicita en los signos visibles de las realidades invisibles.

Para realizar esta búsqueda de sentido, en esta línea, es más concordante con la verdad cristiana un ambiente de esperanza que uno adverso. La posmodernidad se caracteriza por poseer una estética del pesimismo y, más aún, casi se ha llegado a un punto en el que se sospecha de la verdad cuando algo no tiene ese tono vital. La propuesta cristiana nos invita a pasar desde el pesimismo al reconocimiento de nuestra precariedad-necesidad-dependencia existencial, con la creencia de que “en esperanza fuimos salvados”, como explicita la Epístola a los Romanos (8,24), según recuerda la Encíclica *Spe Salvi* (Benedicto XVI, 2007, n. 1). Se trata de crear una cultura universitaria que viva desde la esperanza. La creación de una cultura acorde con la propuesta cristiana no se da

principal o únicamente en el trabajo académico, sino en todas las instancias de participación en las que aquella virtud teologal se pueda presentar. Implica también actuar en los medios, en las tomas de decisiones, y en la búsqueda de sentido en los acontecimientos límites de nuestra sociedad en los que se pueda abrir aquella perspectiva.

Por ello, desde el lenguaje, nos encontramos hoy en un peligro grave de reduccionismo. El énfasis en el tipo de narración científica nos hace muy difícil el paso de una razón de este tipo a la “razón sapiencial”, como señala Morandé (2000, p. 590). Necesitamos ampliar el lenguaje para visibilizar realidades que no son empíricas, como por ejemplo: la belleza, la reconciliación, el combate espiritual, el mal, la muerte existencial. ¿Cómo ver e investigar algo que parece invisible? “Sabemos” que las experiencias de muerte y resurrección forman parte de la vida y, sin embargo, comunicar esto nos supone una gran dificultad, especialmente en nuestro medio académico. Necesitamos desarrollar, en esta línea y en el más puro sentido, una *mirada dramática de la realidad*, de enfrentamiento de fuerzas contrarias o sinérgicas. La realidad estadística o de modelos no contribuye a entrar en el mundo de los significados, que son siempre polisémicos. La categoría de “conflicto” como lectura de la realidad ayuda a comprender la complejidad de los significados. Tolkien, un autor que ha descrito sabiamente el conflicto en el espacio interior de la conciencia, intuyó la potencialidad de la figura del combate, y de alguna forma, se ha constituido en uno de nuestros “Agustines” contemporáneos, que logró traducir los contenidos del cristianismo desde una etapa de la historia a la siguiente.

Para ello es fundamental compartir testimonios. Personas que hayan experimentado en sus vidas el poder vivificante de la fe en Cristo resucitado pueden ser invitadas a compartir sus testimonios en espacios de encuentro preparados por un diálogo interpersonal en profundidad. Este paso cuenta con



el entorno privilegiado que suscita una universidad católica, lugar que está llamado a servir al anhelo de sentido existencial. Ello tras la búsqueda de un encuentro dialógico. Hoy están en alza los métodos de enseñanza-aprendizaje que privilegian el diálogo como forma de contraponer el excesivo peso del monólogo del profesor. Sabemos que cada uno de los dos tiene su lugar y su sentido. Sin embargo, si se trata de anunciar un acontecimiento vital, como es el *kerigma*, el *testimonio* de alguien que ha experimentado el paso por la muerte y la resurrección de Cristo, en su propia vida, constituye una forma privilegiada de comunicarlo y hacerlo creíble.

En este sentido, es fundamental el diálogo como metodología de encuentro que posibilite el testimonio. Según los filósofos de la educación una muy buena estrategia, por ello, consiste en entregar o reavivar una formación básica de fe, con la cual el alumno pueda contrastar nuevos conocimientos. De ahí que Luigi Giussani plantee que poner al estudiante frente a una diversidad de corrientes, sin tener un marco orientador, puede conducirlo con frecuencia a la confusión y, más aún, a la desesperación. Por ello es necesaria la verbalización vivida del contenido. Un/a joven necesita saber y ver, aunque no esté de acuerdo, que existe una solución para la vida del ser humano y que ha habido hombres y mujeres que la han alcanzado (Giussani, 1986, p. 46).

La disposición dialógica es una que, precisamente, puede superar la ruptura dispersiva. La fragmentación, en este sentido, dificulta la tarea de distinguir lo que nos hace más humanos y plenos de aquello que nos destruye. Necesitamos recuperar una mirada a los procesos dialógicos creativos. López Quintás nos propone aprender a diferenciar aquellos que destruyen al hombre -procesos de vértigo-, de aquellos que lo plenifican -procesos de creatividad- (López Quintás, 1993, p. 49). Se trata de buscar la totalidad, contrapesando la fragmentación.

Finalmente, debemos resaltar que “la pregunta por el sentido” surge de forma especial en los acontecimientos límite, y en experiencias de sufrimiento, muerte y salida de las mismas. Estas deberían ser oportunidades privilegiadas de reflexión entre docentes y alumnos. En la búsqueda del sentido del sufrimiento, el anuncio del *kerigma* brilla con todo el “esplendor de la verdad” en medio de diversas prácticas. De este modo, por ejemplo, los propios alumnos descubren año a año en sus ejercicios de voluntariado que lo aprendido sobre gratuidad y valores lo han descubierto en experiencias de trabajo desinteresado, muchas veces siendo acompañados por sus docentes. Experiencias como las de transformar cursos regulares en “aprendizaje-servicio”, o la realización de acciones y encuentros con la comunidad, pueden marcar a un alumno para toda la vida, dándole un sentido a su carrera y permitiéndole vínculos significativos a muy largo plazo. Francesc Torralba, en su propuesta de “Pedagogía del sentido”, nos llama a rescatar de nuestra tradición los “grandes tesoros”, aquellos a los que también se refería el Papa Juan XXIII en su Mensaje inaugural del Concilio Vaticano II. Personas, acontecimientos históricos, obras artísticas, que nos hablan de este lento caminar de la humanidad hacia el Reino de Dios.

#### **e. Conclusión**

*“Si existe una posibilidad de cambio para el hombre, ésta consiste en la presencia en el mundo de una misericordia y una piedad sin fin” (Giussani, 1986, p. 18).*

¿Qué estamos enseñando a los alumnos como respuesta frente a los desafíos de la vida, de nuestra cultura? ¿Quién tiene una palabra para los problemas sociales? ¿Se puede buscar un sentido al sufrimiento?

Tenemos que reconocer una deuda en orden al anuncio, y una carencia fundamental que mientras silencie el hecho constitutivo del cristianismo deja desnuda la propia misión de la Iglesia. Como decía Benedicto XVI, cualquier “gran idea” que quiera darse en este ámbito debe estar traspasada por la noción de sentido que surge desde el *encuentro* personal con Jesucristo. Si la Verdad es el propio Cristo, quien comparte la misma naturaleza del Padre, como su impronta, la certeza que da el Espíritu Santo mediante su irrupción en nuestra vida muestra un tipo de conocimiento que por su mayor profundidad aclara la propia razón. Esa entrega de Dios al hombre es Amor, un amor unitivo que al evidenciarse hace que el destinatario lo quiera compartir, dar y recibir, como una repetición del acto que verdaderamente dota de sentido a la existencia. Ahí surge la comunidad cristiana, y ahí se fragua el “sello identitario” que la universidad católica ha de expresar al mundo como razón de su esperanza. Si esa experiencia de interrelación recorre los pasillos de nuestros edificios, los que dudan o están lejos, podrán ser encaminados de forma efectiva a encontrarse con Dios, a través de quienes explicitan en medio de su comunidad la unión entre el Padre, el Hijo y la Iglesia, traspasada por el Espíritu: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21).

Francesc Torralba ha sostenido que ningún acto educativo es neutral y debemos reconocer explícitamente que toda propuesta educativa es soteriológica y nos entrega una propuesta de salvación (Torralba, 1997). Desenmascarar las propuestas soteriológicas que existen hoy, propuestas de felicidad, de salvación y desarrollo humano, tan diversas como las que surgen desde el avance científico, el bienestar económico, el prestigio, el poder, etc., es un desafío apasionante que logra su adecuada dirección si se entronca en la experiencia kerigmática.

Por ello, el anuncio de la resurrección de Cristo es el núcleo de la Buena noticia, una respuesta existencial sólida en el mundo de hoy. En un tiempo convulsionado y de extendido temor, en el cual el sufrimiento moral queda velado por un aparente bienestar material, resuenan, entonces, con alegría y fuerza aquellas palabras de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 5,26).

### Referencias bibliográficas

- Amado, A. (2003). *La Educación cristiana. Principios para una formación integral de la persona*. Barcelona: Ed. Balmes.
- Argüello, K. (2013). *El Kerigma*. Madrid: Buenas Letras.
- Benedicto XVI (2005). *Deus caritas est*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Benedicto XVI (2007). *Spe Salvi*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2007.
- Juan Pablo II (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ciudad del Vaticano: Coeditores Litúrgicos et ALII-Librería Editrice Vaticana.
- Francisco (2013). *Evangelii gaudium*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Giussani, L. (1986). *Educación es un riesgo*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- García Ahumada, E. (2003). *Teología de la educación*. Santiago: Editorial Tiberiades.
- Juan Pablo II (1990). *Ex Corde Ecclesiae*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- López Quintás, A. (1993). *La formación por el arte y la literatura*. Madrid: Rialp.
- Morandé, P. (2000), *Un nuevo humanismo para la vida de la Universidad*, Humanitas (5) 2000.
- Ruiz de la Peña, J. L. (1998). *Imagen de Dios*. Santander: Sal Terrae.
- Torralba, F. (1997). *Pedagogía del sentido*. Madrid: PPC.